

ción; y las tribus, ó sean los comicios populares, yacían todas ellas en espantable caos. En vez de atacar, Tiberio aguardó el ataque. El no se decidió á ir y arremeter con el Senado, pero el Senado se decidió á ir y arremeter contra él. Véase aquí, en el mayor de sus hijos, la misma incertidumbre conocida en su madre Cornelia, quien se decidía, más que por los medios violentos y por las medidas extremas, por los medios conciliadores y por las transacciones prudentes. Cuando Nasica y los feroces patricios, ebrios de gozo, arremetieron á una con Graco, éste solamente pensó en huir. Huyendo á todo correr, tropezó y cayó. Ya en los suelos acercóse á él un partidario de la nobleza y le asestó un golpe tal á la sien, que lo dejara súbitamente muerto y rematado. Frente á un templo como el de la Fidelidad, al pie de las estatuas de los Reyes, acabó aquel hombre, tan poseído por los más altos sentimientos de caridad y consagrado á la defensa del pueblo. Trescientos de sus partidarios murieron á violencia, y ninguno llevaba consigo armas para defenderse. Inútilmente pidió la infeliz Cornelia que le dieran el cadáver de su hijo para mezclar sus cenizas con las cenizas de los ilustres abuelos. Cayo Graco, el hijo menor, mozo de veinte años, asociado á la obra de Tiberio, anduvo de barrio en barrio y de puerta en puerta requiriendo el cadáver de su hermano mayor. Nadie le hizo caso, porque sus partidarios más ardientes habían muerto con él, y sus partidarios más tibios habíanse huido, víctimas todos á una del terror universal. Los cuerpos de tantos mártires cayeron al Tiber, arrojados por las venganzas patricias, y nunca el río acertó á devolverlos. Una reacción por tal modo intensa dominó los ánimos entonces, que hasta los parientes del pobre mártir Tiberio se recataban de recordar su parentesco. Cuando Cayo entró en el hogar, sin los despojos siquiera de su hermano, y vió á la madre idolatrada presa de un dolor más terrible que todos los estertores y agonías de la muerte, levantó los brazos al cielo, invocó los númenes de su familia y juró con toda solemnidad una suprema é irremediable venganza.

Cornelia empezó aquí, en este momento, á ser una madre verdadera, posponiendo la gloria de su hijo Cayo á su existencia, sin la cual apenas podía la infeliz vivir. En los fragmentos de sus cartas, que nos ha conservado Cornelio Nepote, y hasta en los discursos de su hijo, que menciona Cicerón, descúbrense ya las naturales y necesarias sobreposiciones en el amor á Roma del amor de madre. Cornelia se muestra muy desengañada. Cree á Cayo tan capaz de un sacrificio por la República y por la patria, como al mismo Tiberio; pero cree también inútil este sacrificio, sangre á los aires enviada, llama tenue y desvanecida. En su desesperación de todo adelanto, en su incurable certeza de males próximos é irremediables, descúbrense cuán profunda herida la muerte de su hijo le abriera en el corazón y cómo de comenzar la historia lo escudara con su pecho contra todo asalto de las pasiones patrióticas y contra toda obsesión de un pensamiento político. Mas, no pudiendo resucitar á Tiberio Graco, intentó retener á Cayo Graco. Este con su hermano se identificaba y confundía en las tenaces aspiraciones al mejoramiento popular; pero de su hermano

se diferenciaba en lo enérgico de su palabra y en lo firme de su voluntad. Las incertidumbres y perplejidades naturalísimas en Tiberio; la ondulación de aquellas sus ideas vagas é indefinidas siempre, ó, por lo menos, contradictorias, al arrojado lenguaje, casi heleno, acompasado como un exámetro ateniense; todas las cualidades propias del mayor, quedan reemplazadas por un esfuerzo máximo, por una idea fija por un propósito incontrastable, por mayores conocimientos de las fuerzas á emplear y de los obstáculos á vencer. Con poco empeño hiciera Cornelia de su hijo mayor un artista ó un filósofo; pero necesitaba contrariar mucho la naturaleza del hijo menor para divertirla y separarla del combate. Los patricios habían destruido á su hermano; pero no la obra de su hermano. El repartimiento de las tierras, tan peligroso y difícil, encontraba una sanción suprema en el martirio de su autor, como una especie de numen supremo é inspiración en su pensamiento realizado por la muerte. Los que creen exterminar ideas exterminando frágiles y fugaces personas, que nacieron para mantenerlas y propagarlas, ignoran completamente la Historia. El sacro altar de los holocaustos aviva las ideas, como el calor de los séres aviva los séres. Quizá fuera fácil y hacedero al patriciado concluir la idea de Tiberio, como se concluye siempre, siquiera por breve tiempo, con las ideas nuevas, de suyo muy frágiles y muy expuestas al hielo de toda realidad fría y en desproporción manifiesta con las grandezas y con las alturas del pensamiento. Pero, muerto Tiberio, del martirio suyo extrajo vida su idea, como dicen las religiones divinas y espiritualistas que del cuerpo deshecho y podrido, presa de los gusanos, el alma se levanta y vuela con alas tales, que pueden subirla de un solo impulso á lo infinito.

Cornelia hubiera podido, indudablemente, detener la brava é intensa voluntad del hijo segundo y apartarlo de la política, si no quisiera Cayo siempre la venganza de su hermano, que le obsesionaba de continuo. Cornelia no hacía más que preguntar al más joven de sus hijos, lazo de sér con la vida y con el mundo, á qué lección se instruirían los suyos del mal reservado por el cielo al titánico intento, y á qué hora sufrirían una detención en su carrera vertiginosa é indeclinable hacia la ruina. De verdadero delirio calificaba todos los propósitos abrigados por Cayo respecto del hermano mayor y de la continuación en su obra. Cornelia no veía más que perturbaciones sin fruto, y, por consecuencia, le rogaba no amargase la vejez tristísima suya con nuevas revueltas; y, si tanto le iba en remover la República y alterarla en sus cimientos, lo dejase para después de su muerte. Desde la tumba podría ella callarse, aunque su hijo cohonestase con plegarias é invocaciones á su madre proyectos y procedimientos de su madre reprobados. Cayo, que había recibido en herencia á su hermano el culto á la idea social y el culto á la madre común, cuanto menos le obedecía en su empeño de retenerlo tranquilo, más la llamaba su divinidad y su numen. Pero argüíale Cornelia, con razón, que, si por divinidad la tomaba, ¿cómo no la obedecía? Y si no la obedecía ¿cómo la llamaba su madre? Defendióse Cayo del consejo materno, y

abonaba su invencible resitencia con el recuerdo y la sombra de su hermano. Cuando entraba en el hogar suyo y lo veía desierto; cuando iba después al hogar paterno y lo encontraba ocupado por una viuda llorosa y herida sin piedad en su hijo mayor; cuando aquel hermano, que por un segundo padre tuviera siempre, y como á un segundo padre siempre respetara, se había del mundo ausentado al empuje de la traición, parecía indigno de su nombre, y de su prosapia, y de su gente, conformarse con tales injusticias y aceptar tales dolores humilde y resignado, sin aspiración y sin deseo de venganza. En la claridad y en el relieve de las civilizaciones antiguas no caben de ningún modo, ni pueden caber, las sombrías supersticiones del monomaniaco sublime, que se llama en la literatura universal Hamlet, y que va tristemente vagando por las tinieblas de su cielo sumergido en las tinieblas de su alma. Pero, así como á Hamlet le atenace el corazón un pensamiento, de suyo tan sombrío, cual aquella venganza implacable que debía ofrecer á los manes del inmolado padre, Cayo suspira en palabras clarísimas como su idea, entre los resplandores de las estrellas y los resplandores de las inspiraciones que iluminan el cielo de los pueblos clásicos por vengar terriblemente á su hermano.

En cuanto llegó Cayo á la madurez completa de su poder y de su influjo; nombró la comisión directiva de las distribuciones territoriales, tal como se disponía en los códigos promulgados por el partido y el gobierno de su hermano. Esta comisión tuvo que remover muchos intereses y que registrar muchos archivos para cumplir su ministerio terrible del despojo de unos y del enriquecimiento de otros. Innumerables injusticias habían de cometerse por fuerza en aquellas disposiciones revolucionarias, movidas, más que por la justicia, por la violencia. Criado el hombre con deseos tan vivos, á los cuales presta la realidad satisfacciones tan mezquinas, la impaciencia por adquirirlo todo en unos, y el temor en otros á perderlo todo, trajeron discusiones, las cuales apestaron el espíritu público de una discordia permanente y enflaquecieron al Estado aquel necesitadísimo como todos los Estados libres, del concurso universal y activo y continuo de todos sus ciudadanos. Las disposiciones contra la facultad antigua de adquirir, empobrecieron á los nobles y no prosperaron á los plebeyos. Los desposeídos perdieron mucho y los recompensados poco ganaron. Aunque se creaban colonias para ir expeliendo el exceso de población romana, resistíanse las gentes á poblarlas, porque hasta los más humildes preferían pretender y desear dentro de su ciudad á poseer fuera. El mal peor de las reformas sociales fué aquel incendio de odios atizado en el noble, sin que igual amor, compensando las pasiones contrarias, naciera en los plebeyos. El patriciado se ofendió en términos de importarle poco arrastrar consigo á la sima por donde se precipitaban ellos, la libertad y la república. Así, como dice Maquiavelo, debe alabarse mucho en los Gracos antes el propósito que la previsión. Difícilmente, muy difícilmente se curan los males inveterados con desórdenes crónicos y violencias excesivas. Enfermedades que los siglos han causado y traído, no se remedian de nin-

gún modo con la brevedad fugaz de un rápido medicamento. El tiempo sirve lo mismo para crear que para destruir. Entre la nobleza y la plebe había un partido intermedio. Sin este partido, que pasando continuamente de izquierda á derecha, y viceversa, llevaba consigo la victoria, nunca se lograrán las leyes de los Gracos. Al poco tiempo de iniciar Cayo su política personal, estremáronse las quejas; entre las extremadas, ningunas tan fuertes como las emitidas por las colonias romanas. Escipión Emiliano las tuvo muy en cuenta, receloso de que una desavenencia con tal gente dañase á Roma con daño máximo. Y sin aparentar la enemiga implacable al movimiento agrario, supo abrogarlo, so color de suspenderlo, encargando las distribuciones territoriales á los cónsules enemigos de los Gracos, cuando la comisión directiva era de los Gracos partidaria. Siguióse á tal medida intensísimo descontento. En la mañana de cierto día consagrado á validar más y más esta reacción agraria, su autor Emiliano apareció muerto en la cama. Con cincuenta y seis años de vida, salud juvenil, ánimo alegre, nadie achacaba la muerte de aquel hombre á un decreto de la naturaleza, todos á una veían en ella el desahogo y la venganza de un partido. El día precedente á desventura tal, habló en las Asambleas romanas, indicando las tramas que se le movían y los golpes que le amenazaban. Pero ni entre los nobles por lo que tenía Escipión de popular, ni entre los plebeyos por lo que tenía de patricio, hubo interés en averiguar la causa ocasional de tanto crimen. Parece imposible que pudiera morir un patricio en su cama de un modo misterioso é ignorase las causas y los agentes ocasionales de su muerte. El silencio sólo sirvió á la murmuración y á la sospecha. Hermano político de los reformadores, el parentesco agravó el horror. Decíase que su propia esposa, la hija de Cornelia, la hermana de Cayo, no había vertido una sola lágrima. Escipión tuvo la fortuna de impeler la reforma y detenerla con sus actos, haciéndola y moderándola, merced á lo cual supo establecerla primero y después conservarla, misterio pocas veces visto en la Historia, indudablemente á causa de los implacables rigores que guarda, como la misma naturaleza la humana sociedad.

El odio, por la triste muerte del valeroso Escipión excitado contra los Gracos, al fin y la postre, sirvió tan sólo para que sus partidarios llegasen á intensa exacerbación de afectos y á temeridades continuas de palabra. Cayo mismo, tan ducho en el obrar como en el decir maestro, aguzó las cualidades múltiples de gran discutidor y estadista que había en él para defenderse á sí mismo y desconcertar á sus enemigos. Estos le perdonaban tanto menos cuanto más resplandecía su calidad. Para optar á la cuestura, pedíanse diez campañas, y á él reclamáronle doce los patricios. Todo cuestor ascendía con sólo un año de servicios. Tres le impusieron á Cayo. Otros habían satisfecho pasiones personales en la vida; él sólo satisfizo la pasión por el pueblo. No hubo ni mujeres en su lecho, ni festines en su mesa. Los jóvenes y los niños le infundían respeto igual que los ancianos. Allegaban todos los gobernadores en sus gobiernos dinero, y Cayo lo repartía. Los cintos que sacara

de Roma repletos, devolvíalos á Roma vacíos. ¡Qué diferencia de aquellos, acostumbrados á llevar á provincias las ánforas llenas de vino y traerlas llenas de oro! Sin embargo, á tantas virtudes y á tantos servicios, la sociedad contestó con crueles rigores. Noble, los enemigos habían estirpado su raza. Un hermano tenía en el mundo, á quien amaba con delirio, y lo habían perseguido, acosado, muerto, cual si sus bondades merecieran el castigo que se da por sus instintos crueles á las fieras. Escipión Africano, que destruyó Cartago con su generalísimo Aníbal, no contaba en Roma otro vástago que Graco, y las envidias tendían á segarle. Por eso, ánimo tan varonil, soñaba con tan implacable venganza. La madre, la previsora madre, inspirada por sus adivinaciones maternas, anunciábale un fin idéntico al de su hermano, y le decía cómo conviene satisfacer esas pasiones cuando hay seguridad completa de no malherir á la patria. Pero si al vengarse moría Roma, ¿qué laureo estaba en el caso de prometerse, ni qué satisfacción granjearse? Cayo Graco era sobre todo, lo que llamamos hoy, con más ó menos propiedad, un repúblico. Seguro, muy seguro de que para el cambio de las relaciones económicas había menester un cambio de las relaciones políticas, intentó renovar el poder de las Asambleas, antes de renovar el estado social y deducir de las leyes agrarias sus últimas consecuencias. Plutarco describe por modo bien artístico este propósito suyo cuando refiere que mientras los oradores de otros tiempos al hablar se dirigían al Senado y le tornaban á la plebe la espalda, él se dirigió á la plebe y le tornó la espalda concienzuda y deliberadamente al Senado. ¡Poder máximo el de un hombre que inclinaba las instituciones romanas á donde inclinaba la cabeza! Los comicios por tribus fueron predominando sobre los comicios por centurias. Disminuyóse la duración del servicio militar. La clase de caballeros, es decir, de aquellos que servían á la patria, no sólo con sus personas, sino también con su caballo, creció mucho, merced á la política de Cayo, empeñada en destruir la nobleza. Estadista profundísimo comprendió que teniendo tan sólo por sí el proletariado, no podía sostenerse; y compuesta la nobleza de dos órdenes, mercantil una, territorial otra, favoreció á la primera, no porque le fuese amable, sino porque odiaba como él á la segunda. Los caballeros se levantaron así al nivel de los senadores, y para más engrandecerlos, entregó numerosas facultades jurídicas al orden ecuestre, haciendo con la justicia mucho más de lo que nosotros hemos hecho, transferirla desde los tribunales antiguos al jurado popular. Los comicios por tribus eclipsaron á los comicios por curias; los tribunos eclipsaron á los cónsules. La jurisdicción del Senado quedó disminuida. Los senadores mismos, aquella eximija oligarquía quedó debilitada por la suma y aumento de senadores nuevos, parecidísima en todo á lo que se llama en Inglaterra con el nombre de hornada de lores, hecha por los gobiernos con frecuencia, cuando les faltan votos en la Cámara noble. Al revés de Tiberio, Cayo mostraba una reflexión profundísima en todas estas alteraciones políticas. Para más luchar y sostenerse con mayor empeño, apeló á las distribuciones de trigo, y con estas distribuciones

de trigo mantuvo largo tiempo el favor de la plebe y su propia natural autoridad. Pero los hondos cambios llamaban otros cambios más hondos todavía, suscitando problema tras problema, cuya solución agitaba mucho los ánimos con las múltiples heridas abiertas en todos los viejos intereses.

El espíritu y el pensamiento universal de Graco, estrelláronse, por desgracia, en su propia comunión y partido. No le bastaba con extender al pueblo romano aquella suma de privilegios, quería extenderlos también á los aliados latinos. Esta propensión á la extraña gente, á los primeros vencidos de la Ciudad Eterna, patentiza el espíritu de justicia que latirá siempre por necesidad incontrastable de sus principios en el seno de las democracias. El tribuno recogía los poderes del Senado y se los iba poco á poco entregando al pueblo. Pero después, no satisfecho con tal extensión, que aún parecía limitada y pobre, llamaba los latinos á la comunidad humanitaria en los nuevos ideales. Aquí lo encontró el Senado, aquí encontró la brecha por donde podía entrar en su política. Dirigiéndose al egoísmo de la plebe romana, le mostró cuánto perdía con aquella coparticipación de los latinos en la libertad y en el derecho. Serán los más libres, dijo, pero por lo mismo el provecho de la plebe romana será menos, aumentándose los competidores en el reparto de los despojos y en las asistencias á los espectáculos. El pueblo se fué con los enemigos del pueblo. La nobleza buscó en la demagogia su natural aliado. Druso, el infame Druso, tomó para sí la traidora carga de perder á Graco, exagerando sus ideas y su reforma. Como Graco había de cumplir, formulaba lo posible; como no habían de cumplir el Senado y sus cómplices los demagogos, prometían lo imposible. Prometió Graco colonias ultramarinas; pues Druso prometió colonias italianas. Prometió Graco alteraciones en el servicio militar favorables al pueblo, y prometió Druso alteraciones desfavorables por su exageración. Mantuvo Graco la repartición del territorio público y común; Druso prometió que se distribuirían entre el pueblo todas las propiedades. El populacho creyó á sus enemigos y dudó de su abogado. Amó á sus verdugos y desamó á su redentor. La democracia retrocederá siempre que degenera por su mal en demagogia. Y triste, ¡ah, trágica la retrogradación que vamos describiendo, pues, merced á ella, la democracia romana se detuvo cuando el espíritu de la humanidad entraba en su seno! Por tal modo las ideas progresivas crecían, que pensaba Graco pocos meses antes de su fin último, en restaurar la eterna rival de Roma, en restaurar á Cartago. Los antiguos augurios, las viejas religiones reaccionarias volvieron nuevamente á detener los humanitarios progresos. Y como algunas piedras de las puestas para designar los límites y recinto de la ciudad vencida hubieran desaparecido, declararon los sacerdotes que las hienas se las habían llevado por expresa orden de los númenes romanos, irritadísimos contra la resurrección irreverente. Unidos los sacerdotes y los patricios, las supersticiones mantenidas por los unos y la reacción fomentada por los otros, debían acabar con el tribuno.